

# PALOMA GÓMEZ BORRERO



## De Benedicto a Francisco

El cónclave del cambio



La renuncia de Benedicto XVI rompe una tradición secular y se convierte en el gesto más significativo de su ministerio. Una decisión valiente, no cabe duda. Pero ¿qué llevó al papa a tomarla? ¿Lo hizo a conciencia, sabiendo que empujaba a la Iglesia a la renovación y a la purificación y a la purificación del paso del tiempo y de los «pecados» de sus representantes a todos los niveles?

Paloma Gómez Borrero, con su impecable estilo periodístico, responde aquí a estas y otras preguntas que han surgido desde la retirada del papa hasta la elección de Francisco. Lo que parece claro es que Benedicto XVI estaba haciendo un llamamiento claro a la humildad evangélica en una lógica de servicio, alejada de las luchas de poder y las intrigas por hacer carrera. Y el nuevo pontífice debe tomar el relevo de este papa revolucionario y responder a esa llamada. De momento parece tener el beneplácito de muchos y ya ha marcado un estilo completamente diferente, dejando patente a sus fieles que con él ha llegado el cambio.

# Capítulo 1

## Así llegó Benedicto XVI

### Los últimos días de Juan Pablo II

Las condiciones de salud de Juan Pablo II empezaron a decaer agudamente a finales del año 2004. Todos sabíamos que su voluntad y su vocación de servicio ya no podrían tirar mucho más de un cuerpo que se iba consumiendo por las enfermedades. La restricción del habla, que ahora se sumaba a sus muchas dolencias, era, además de un empeoramiento de sus condiciones, una profunda limitación para quien tenía el diálogo y la comunicación por bandera. Mis fuentes médicas vaticanas me explicaban que el párkinson se había extendido a los músculos respiratorios, que no conseguían expandirse y llevar aire a los pulmones y las cuerdas vocales, poniendo así en riesgo la función respiratoria e incluso la de masticar.

La noche del 24 de febrero de 2005 el papa fue internado en el policlínico Gemelli por segunda vez en pocos días. Sobre todo como precaución frente a un conato de ahogo que había sufrido, y ante la posibilidad de que un obstáculo le obstruyera las vías respiratorias. Aun así, el anuncio de la posterior traqueotomía y la inserción de una cánula nos echó un nuevo peso en el corazón. Ciertamente era una buena solución, pues liberaba el paso del aire y no perjudicaba necesariamente su actividad. Sin embargo, al mismo tiempo suponía dejar más abierto a las infecciones el tejido interno. Poco después se supo que además se

le había puesto una sonda nasogástrica porque tenía muchas dificultades para ingerir alimentación sólida. Y qué decir de las dificultades para comunicarse, que nos angustiaban a todos, y a él en primer lugar. Pudo hablar desde el propio hospital tras el ángelus del 13 de marzo, pero cuando el miércoles 30 salió a su ventana de San Pedro no fue capaz de articular una palabra audible en cinco minutos y cuatro segundos que estuvo asomado. Sin embargo, el mensaje, terrible, descorazonador, nos llegó clarísimo a todos. Era una despedida.

Ya no volvimos a verle. Sabemos ahora que nunca perdió el conocimiento. No pasó de él aquel amargo cáliz. El fiel Stanisław Dziwisz no le dejó ni durante el sueño, le cambiaba de posición en la cama cada hora para aliviar sus dolores, y le hablaba como siempre en polaco, su lengua primera y la última que le acompañó hasta el final. El viernes 1 de abril se nos dijo que el papa «había asistido a la misa en su habitación», frase que descifrada del vaticanés significaba que ya no podía concelebrarla como siempre. Desde aquella tarde una pequeña muchedumbre, sobre todo de jóvenes, montó una improvisada vigilia bajo su balcón, y sus cánticos alcanzaron el lecho del moribundo: «Os he buscado, y ahora habéis venido a mí. Os lo agradezco», fue la frase que nos refirió Joaquín Navarro-Valls. Y así conoció que la misma juventud que le había aclamado en cada visita venía a darle ánimos en la hora final.

«Juan Pablo II ya ve y toca al Señor», había dicho el cardenal Camillo Ruini, presidente de la Conferencia Episcopal Italiana. Así lo decía él mismo, porque las últimas palabras que nos dejó ya no pedían más que una cosa: «Dejadme ir a la casa del Padre». Así llegó el sábado 2 de abril, primero del mes y segunda víspera de la Divina Misericordia, a la que tanta devoción tenía, con medio mundo pendiente de la plaza de San Pedro. Anochecía y yo estaba trabajando en el estudio montado por TV Azteca de México, en un edificio de la plaza del Risorgimento con una espléndida y es-

tratégica terraza frente al palacio apostólico. Iba a enviar mi crónica radiofónica de aquella espera inevitable poco después de las 21.30 horas cuando, de repente, todas las luces de la habitación del papa se encendieron, como un faro que diera noticia de un naufragio.

Ya no había que preocuparse en no molestar a un enfermo.

Mientras yo llamaba frenéticamente por teléfono a la COPE, la agencia italiana ANSA ponía por escrito la noticia en su teletipo. Monseñor Leonardo Sandri, que había sido «la voz del papa» en aquellos últimos tiempos, y que dirigía en aquel momento el rezo del rosario en San Pedro, fue quien envió al mundo entero las palabras que reflejaban el sentimiento de todos: «Nuestro amado Santo Padre Juan Pablo ha vuelto a la Casa del Padre».

Ya se ha contado innumerables veces la pequeña historia de los días posteriores, que bien puede llamarse el primer milagro de Juan Pablo II. El Vaticano y sus alrededores del barrio del Borgo, cubiertos de cientos de miles de peregrinos que hicieron desaparecer aceras y calzadas bajo su lento paso, como una inmensa procesión, mientras los coches eran expulsados de una amplia zona de la ciudad. Los trenes especiales y los vuelos chárter que llegaban uno detrás de otro. Dentro de la basílica, un goteo con prisa y sin pausa, porque nadie se paraba ni dos segundos ante el féretro, para dar salida al torrente de millones de personas de toda Italia, de toda Europa, del mundo, con una calma y un buen sentido que nadie se hubiera esperado en una aglomeración de tales proporciones. Un «jubileo organizado en cuarenta y ocho horas», como lo definió el alcalde Walter Veltroni, donde todo funcionó. El servicio público de transporte, la policía urbana, los *carabinieri*, Protección Civil, el Ejército y voluntarios de todo tipo se volcaron en una acogida gentilísima en las formas e impecable en el fondo. De la noche a la mañana se levantaron campamentos de acogida en los estadios Olímpico y Flaminio, o en la Esposizione

Universale Roma (EUR). La explanada de la Universidad de Tor Vergata revivió la acampada de la Jornada Mundial de la Juventud (JMJ) de 2000. La estación Termini, convertida en una inmensa oficina de acogida. Los aparcamientos especiales para autobuses del jubileo del 2000, ocupados por *pullman* de toda Europa, sobre todo de Italia, Polonia y España... La urbe resistía en pie orgullosamente el pacífico asalto.

¿Y yo? Las páginas y las palabras que le he dedicado en todos los años de «nuestro» pontificado son mi mejor testimonio del cariño y la admiración que siempre le he tenido, y que le sigo teniendo. Por eso deseaba con todo mi corazón despedirme de él. Lo pedí como favor especial, y el lunes 4 de abril tuve acceso a la sala Clementina, donde reposaba antes de ser expuesto en la basílica, y donde sólo tenían acceso los cardenales y los trabajadores vaticanos. Me quedé casi una hora rezando. Un poco a la derecha del féretro estaba lo que podríamos llamar «la familia pontificia»: las cuatro monjas que habían cuidado de él, su mayordomo Angelo Gugel, el doctor Buzzonetti, su médico personal, y su secretario don Stanisław Dziwisz. A él me acerqué discretamente unos minutos. Tenía los ojos rojos, de quien no había dormido, y recuerdo cómo me decía, con insistencia: «¿Le ves sereno?»

Yo no quería llorar, aunque a veces tenía que enjugar las lágrimas. Y recordé aquella vez que, en los primeros años de pontificado, el papa había dicho: «Quiero ser el barrendero del mundo, para dejar los caminos limpios para que pase la paz, el amor y la acción de Dios». Y mirando aquellas manos afiladas por la debilidad de un cuerpo consumido por el sufrimiento, le dije al marcharme de la sala:

—Santo Padre, ¡ahora barres el cielo!

Y cuando unos minutos más tarde hablé en directo para la radio desde el patio de San Dámaso, no pude contener las lágrimas.

La mañana del viernes 8 de abril de 2005 despertó con un cielo nuboso por el que de vez en cuando se filtraba el sol. Las calles de Roma eran un espectáculo insólito, que nunca he visto ni creo que vuelva a ver, sin coches, casi desiertas, cuyo silencio era roto sólo por las sirenas de las motos de la *polizia* abriendo paso a los automóviles de las delegaciones extranjeras. Bush padre e hijo, Clinton, Tony Blair, Kofi Annan, Gerhard Schröder, Jacques Chirac, los reyes de España... Todo el perímetro metropolitano de la Ciudad Eterna cerrado al tráfico desde las dos de la madrugada hasta las seis de la tarde, sin ningún tipo de privilegios. Sólo el transporte público, las fuerzas del orden, los vehículos sanitarios y los de las comitivas oficiales estarían autorizados a circular. El espacio aéreo de Roma restringido al máximo... Había pantallas gigantes de televisión en diversos puntos de la ciudad (Pirámide, el Coliseo, los estadios, Tor Vergata...) para evitar que toda la multitud convergiera en San Pedro, en cuyos alrededores apenas se podría acoger a unas trescientas mil personas, la gran mayoría de las cuales no podrían ver nada. Muchos habían atravesado Europa sólo para ver el funeral en aquellas televisiones. Más de noventa países e innumerables canales lo ofrecían en directo.

Sobre el sobrio ataúd, el libro de los Evangelios, cuyas hojas removía el viento que empezó a soplar durante la ceremonia, y que como un símbolo, poco antes de concluir la misa, acabó por cerrarlo. Trece minutos de aplausos que los cardenales escucharon atónitos, mientras un mar de banderas ondeaban y la multitud lanzaba un grito coral y unánime: *Santo subito!* («¡Santo ya!»). A partir de la semana siguiente se formaría otra fila para visitar la tumba en las grutas vaticanas, bajo la basílica, junto al sepulcro de San Pedro y en la capillita donde estuvo hasta su beatificación Juan XXIII.

Como un eco resonaba aún la homilía pronunciada por el cardenal decano Joseph Ratzinger, desgranando la vida de Karol Wojtyła como «una respuesta a la llamada de Cristo. Fue la fuerza que le dominó y que le impulsó a ir a todas partes incansablemente, entregándose sin reservas a Cristo y a la humanidad».

Y a las tres de la tarde, como si el cielo se quisiera sumar al luto, empezó a llover sobre Roma.

## Elección del nuevo papa

En cuanto se abrió oficialmente el período de sede vacante, las quinielas de papables se multiplicaron, buscando al candidato más sorprendente, más conveniente o más «político». *L'Osservatore Romano* se curó en salud y para evitar el error de la elección de Juan Pablo II tenía preparadas nada menos que sesenta portadas. Sin embargo, el nombre que resonaba con más fuerza era el de Joseph Ratzinger.

En cuanto a mí, nunca tuve dudas de que él era quien al final resultaría escogido. No solamente por la fuerte relación de trabajo y confianza que había unido al prefecto del ex Santo Oficio con Juan Pablo II. Las sensaciones, los detalles, se percibían desde mucho tiempo atrás, y ya desde un año antes dije que «el próximo papa hablaría alemán». Recuerdo en particular aquel último vía crucis en el que el papa Wojtyła, muy débil, no había podido, no digo llevar auestas la cruz de madera (la otra, la suya personal, hacía tiempo que la cargaba), sino siquiera estar presente en la fría noche pascual. Desde el Vaticano, seguía por televisión el desarrollo del acto penitencial, abrazado a una cruz más pequeña, y de manera que las cámaras nunca reflejaran su rostro. Sin duda no perdía una palabra de los comentarios que había escrito el cardenal alemán, en quien tenía plena confianza personal e intelectual. Por ello, debió de ser el único que no se sorprendió cuando en la estación novena, la que señala la primera caída de Jesús con la cruz, se oye-



ron palabras que alto y claro denunciaban la obligación y el ruego de «levantar una Iglesia donde crece la cizaña, las envidias...». «¡Cuánta suciedad en la Iglesia y entre los que, por su sacerdocio, deberían estar entregados al Redentor! ¡Cuánta soberbia! La traición de los discípulos es el mayor dolor de Jesús. No nos queda más que gritarle: *Kyrie, eleison*, "Señor, sálvanos."».

Yo me quedé atónita, no porque pensara ingenuamente que el Mal con mayúsculas se detiene en la plaza de San Pedro, sino por lo explícito de la denuncia, sin giros ni eufemismos. Y sabía quién lo había escrito y quién lo había encomendado. Al terminar el acto litúrgico me encontré con monseñor Pietro Marini, maestro litúrgico de ceremonias del Vaticano, y no hallé más palabras que decirle que éstas:

—Monseñor, yo ya sé quién será.

Y el eclesiástico respondió asintiendo:

—Y yo también.

Durante aquel período me hicieron la misma pregunta sobre «mi pronóstico» innumerables veces. Y yo, aunque hablé de otros candidatos que sonaban con fuerza, como Tettamanzi, Hummes, Bergoglio... (y siempre teniendo muy presente que «la otra Paloma», la del Espíritu Santo, no tenía por qué coincidir conmigo), me mantenía en mis trece (que luego fueron dieciséis). Sólo se me ocurría una salvedad y también la cité en cada ocasión: «Si se siente con fuerzas», porque se conocían ya sus problemas cardíacos, y a fin de cuentas cumplía en esos días setenta y ocho años.

El 18 de abril se pronunció la advertencia ritual *extra omnes* («fuera todos») con el que nadie que no perteneciera al Colegio Cardenalicio y fuera menor de ochenta años podría quedarse en el interior de la Capilla Sixtina. El 19 de abril era el segundo día de cónclave, en cuya mañana ya se habían sucedido las dos fumatas protocolarias, pero junto al humo aún negro de ambos anuncios flotaba en el aire la impresión de que la decisión no estaba lejana. De hecho, eran casi las seis de la tarde y la primera humareda de la

sesión vespertina no se había verificado, con lo que unos pensaban que sobre las siete habría una única de «resumen». Y otros creíamos que el «resumen» sería el definitivo.

A las seis menos diez, la chimenea vaticana empezó a emitir humo. Y, como de costumbre, al principio no quedaba definido el color. A mí me pilló cruzando por San Pedro, yendo de Via Angelica a la sala Nervi, donde estaban emplazadas todas las emisoras de radio. Algo me hizo apostar por el blanco en aquella ruleta pontificia y llamé con el móvil a España a toda prisa, mientras corría para acercarme a mi puesto en la Nervi, donde me esperaba mi compañero Faustino Catalina, y en Madrid José Luis Restán. Hubo su momento de suspense hasta que el blanco se impuso: *Habemus papam*. Entonces, todos los teléfonos intentaron establecer conexión a la vez, con el consiguiente colapso de las líneas, pero yo ya estaba conectada y dando la noticia en directo para la radio.

Cuarenta y cinco minutos después, el habitual movimiento en la plaza de San Pedro se había transformado en una muchedumbre expectante. Y ante ellos y el mundo entero, el cardenal protodiácono Medina Estévez proclamó la elección del cónclave. Al decir «Joseph...» yo me lancé a completar «¡... Ratzinger!» para la emisión, y justo entonces recordé que había otros dos o tres cardenales en el cónclave que tenían el mismo nombre de pila, como Glemp, Saraiva o Bozanic. El miedo de haberme precipitado me duró un par de interminables segundos hasta que el protodiácono tuvo la gentileza de no desmentirme.

No se había cumplido la máxima de que «quien entra en el cónclave de papa, sale de cardenal». Donde todos sin excepción quedaron sorprendidos fue en la elección del nombre para su pontificado. Hubo que exhumar los precedentes de Benedicto XIV, el pontífice alabado por Voltaire, y, sobre todo, de Benedicto XV, el predicador de la paz durante la «matanza inútil» de la primera guerra mundial. «He querido llamarme Benedicto XVI para relacionarme ideal-

mente con el venerado pontífice Benedicto XV, que ha guiado a la Iglesia en un período atormentado por el primer conflicto mundial. Fue valiente y auténtico profeta de paz y actuó con extrema valentía desde el inicio para evitar el drama de la guerra y después al limitar las nefastas consecuencias». Y también evocó a san Benito de Nursia, padre de los benedictinos y que cuenta con especial devoción entre los católicos alemanes, del que dijo que «constituye un fundamental punto de referencia para la unidad de Europa y un fuerte reclamo a las irrenunciables raíces cristianas de su cultura y de su civilización».

Así pues, de ahí en adelante sería conocido como Benedicto XVI. Pero ¿quién era realmente Joseph Ratzinger?

### **El hijo del gendarme**

Había nacido en 1927 en una localidad de Baviera, Markt am Inn, muy cerca del antiguo santuario mariano de Altötting. Joseph Ratzinger padre, además de ferviente católico, era gendarme y tenía que intervenir cada vez más frecuentemente para parar los pies a las escuadras nacientes del partido nacionalsocialista, en su escalada lenta e inflexible como alternativa al caos económico y social que la República de Weimar no lograba atajar. Cuando en 1933 el presidente Hindenburg llamó a Hitler para formar gobierno, la mancha nazi cubrió Alemania mientras en el refugio de la casa familiar iba germinando la vocación sacerdotal de Georg y de Joseph. Ambos ingresaron en el seminario de San Miguel al mismo tiempo que la guerra estallaba. Hasta entonces ningún seminarista había entrado en las Juventudes Hitlerianas, pero el régimen lo exigió a partir de 1939, porque los consideraba sospechosos de desafección al nazismo.

Así, a los dieciséis años, fue llamado a filas como ayudante de artillería antiaérea a las afueras de Múnich, entre abril de 1943 y septiembre de 1944. Luego fue destinado a

Austria y a Hungría en la protección antitanque. Escapó por poco a un alistamiento forzoso en las Schutzstaffel (SS), pero quedó encuadrado en el *Herrenvolk*, el «Ejército del Pueblo», la última ocurrencia sangrienta del nazismo, que mezclaba críos de catorce años con veteranos de la Gran Guerra para enviarlos al matadero de los últimos días de la contienda. A finales de abril de 1945 se escapó del cuartel para refugiarse en su casa cercana. Se jugó la vida al ser detenido porque los guardias tenían orden de fusilar a los desertores. Pero la patrulla que le encontró sabía demasiado bien que la guerra estaba perdida y no quiso añadir la sangre de un chaval a la matanza general. Después de un breve internamiento como prisionero de guerra con los americanos, Joseph y Georg volvieron a casa definitivamente, acogidos con inmensa alegría.

Hasta 1951, Ratzinger estudió Teología y Filosofía en Freising, Múnich y Friburgo. Su primer borrador de tesis sobre san Buenaventura le fue devuelto en 1954 con ásperas críticas de su profesor, lo que sorprende no poco a la vista de su sólida carrera académica posterior. No mucho después, el cardenal de Colonia Joseph Frings ya tenía claro el potencial intelectual de aquel sacerdote bávaro, y lo quiso a su lado durante el Concilio Vaticano II. Se cuenta que le encargó redactar un informe que le habían pedido directamente desde Roma, y que maestro y discípulo estuvieron esperando ansiosos la opinión de Juan XXIII. «Me van a quitar el cardenalato», decía medio angustiado Frings, pero la reacción que finalmente le llegó fue pródiga en alabanzas hacia el trabajo del joven Ratzinger, quien por entonces tenía reputación de reformista, y casi de revolucionario, aunque su estancia como docente en la Universidad de Tübinga y su visión del turbulento Mayo del 68 en el ambiente estudiantil alemán cambiaron un tanto el ritmo de sus reflexiones.

El año 1977 fue clave en su vida. Fue consagrado arzobispo de Múnich, y poco después Pablo VI le hizo cardenal

de la iglesia de Santa Maria Consolatrice al Tiburtino (en cuyo cargo le sucedería el catalán Ricard Maria Carles). Durante el sínodo de aquel año se encontró finalmente con Karol Wojtyła, después de muchos años de correspondencia, ideas y libros. Ambos se reconocían ya como las «almas gemelas» que más tarde otros proclamarían.

Cuando en 1981 Wojtyła ya es Juan Pablo II, decidió llamar a su lado al brillante teólogo y amigo, para el cargo que lo marcaría definitivamente: prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. «El gendarme de la Iglesia», lo llamaban algunos, y él debía de sonreír pensando en su propio padre. Allí, en el que puede considerarse el Ministerio del Interior de la Iglesia, se encontró con la parte más difícil. En el terreno del dogma defendió la posición incluso frente a gente con un gran peso intelectual y personal, como el teólogo Hans Küng, que además había sido amigo personal suyo. Y afrontó los primeros embates del escándalo de la pedofilia, contra la que combatiría de lleno durante su pontificado, como luego veremos.

Durante el cónclave de 2005, por muy «favorito» que apareciera, no sentía ningún apremio por sentarse en la cátedra de San Pedro. Llegó a decir tiempo después: «Hasta cierto punto, le dije a Dios “Por favor, no me hagas esto...” Evidentemente, esta vez Él no me escuchó».

## Capítulo 2

### Por qué se retiró Benedicto XVI

#### Un papa del siglo XXI

Algo que parecía claro era que Benedicto XVI traería a la cátedra de San Pedro el pensamiento de Joseph Ratzinger. A la sólida formación dogmática, que ni sus más acérrimos adversarios le han discutido jamás, unía un buen conocimiento del gobierno de la Santa Sede, madurado en sus años como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. «Un papa de curia», decían de él, para diferenciarlo de su antecesor, que se había volcado sobre todo en un impulso misionero. Ciertamente no tenía las extraordinarias dotes de comunicación de Karol Wojtyła; antes al contrario, era y es de un perfil más discreto y profundamente racional, haciendo honor al carácter y mentalidad germanos.

A la hora de resumir su pontificado, ha dejado menos la huella del curial y más la del padre y el maestro. De todos los procesos canónicos de las últimas décadas son minoría los acabados en excomuniación. De éstos, el más conocido es el de monseñor Lefebvre y sus seguidores. Y para eso, Benedicto XVI levantó esta sanción con el deseo de reintegrarlos plenamente en la Iglesia. Una clemencia que no fue correspondida por los recalcitrantes extremistas (con mención especial para el negacionista Wilkinson); quizá no tanto por la buena voluntad por ambas partes cuanto por el complejo engranaje de una curia en la que nunca está claro quién tendrá la última palabra. En esto, y en muchos otros

aspectos, se puede considerar su pontificado como el «papado del sí», la Iglesia que está más dispuesta a acoger, a dialogar, sin por eso ceder al relativismo.

Ha hecho valer su autoridad, más como teólogo que como pontífice, en una obra de extensión considerable para alguien que, como él, ya no era un intelectual «a tiempo completo». Tres encíclicas, y una más, sobre la fe, que se ha quedado «en puertas». Así, en la primera, *Deus caritas est*<sup>[1]</sup>, publicada en 2006, afirma que «la Iglesia no ha de quedarse al margen de la lucha por la justicia, pero no ha de hacer política, sino ofrecer un servicio de amor, que siempre será necesario». Casi dos años más tarde, en *Spe salvi*<sup>[2]</sup>, dedicada a la esperanza, enfrenta el miedo a la muerte para recordar que «la vida no acaba en el vacío, sino que desemboca en el momento pleno de felicidad, de sumergirse en el amor infinito, en la vida eterna en la que el tiempo ya no existe». Y previene contra la idea de que la ciencia redima al hombre, sino que «el hombre es redimido por el amor». En la última, publicada en 2009, *Caritas in veritate*<sup>[3]</sup>, advierte contra la falta de ética de las sociedades ricas, el subdesarrollo, y exige una «globalización de la solidaridad».

También han emanado de él numerosas exhortaciones apostólicas y varios motu proprio<sup>[4]</sup>, dos de los cuales son de actualidad en estos días: por un lado, el de 2007, con el que restablecía la norma de la mayoría reforzada de dos tercios para la elección de nuevo papa, derogando la norma anterior establecida precisamente por Juan Pablo II. Por el otro, el que será el último de su pontificado, *Normas nonnullas*, que no sólo permitirá que los cardenales electores puedan entrar en la Sixtina antes de los quince días desde el inicio de la sede vacante, sino que también introduce novedades de relieve (además de los cardenales, están sujetos al máximo secreto bajo pena de excomunión los lla-